



1

A veces sueño que me caigo.

Claro que, en esos sueños, siempre empiezo volando. Porque eso es lo que hago, lo que soy y lo que amo.

Hace unos días hubiera dicho que volar es lo que más amo en el mundo, pero desde entonces muchas cosas han cambiado. En realidad, todo ha cambiado.

En esos sueños vuelo a gran velocidad por el cielo, totalmente libre. Y luego algo sucede, porque de repente estoy descendiendo en picada. Mis garras se aferran al aire y el viento furioso devora mis gritos. Caigo. Una humana sin alas. Ya no soy una draki, sino simplemente una chica indefensa y perdida.

Así me sentía esta vez: iba cayendo y no podía hacer nada. No podía detener los hechos. Estaba atrapada en la eterna pesadilla.

Siempre me despierto antes de chocar contra el suelo. Esa ha sido mi salvación. Solo que esta noche no estaba soñando. Esta vez sí me estrellé contra el suelo... y fue tan doloroso como lo había imaginado.

Apoyé la mejilla contra el vidrio frío de la ventanilla y miré pasar la noche. Mientras Cassian conducía, mis ojos escudriñaron la oscuridad, deslizándose por los patios de piedra y las casas de estuco, en busca de una respuesta, de que todo lo ocurrido tuviera un sentido.

El mundo parecía contener la respiración. Alcé la mirada hacia el cielo negro: un océano profundo y sin estrellas, un santuario atrayente y prometedor.

Desde el asiento trasero se oyó la voz suave de mamá que intentaba sacarle una respuesta a Tamara. Despegué la mejilla del vidrio y miré por encima del hombro. Rodeada por los brazos de mamá, Tamara temblaba. Tenía la mirada perdida y la piel muy pálida.

—¿Se encuentra bien? —volví a preguntar, porque debía decir algo. Tenía que saber. ¿Acaso yo le había hecho eso? ¿También era culpa mía?—. ¿Qué le pasa?

Mamá frunció el ceño y sacudió la cabeza, dando a entender que yo no debería hacer preguntas. Las había defraudado a las dos. Rompí la regla más sagrada: revelé mi verdadera forma a los humanos —peor, a los cazadores— y todos íbamos a pagar por ese error. La verdad me aplastó con su peso atroz y me sepultó en el asiento. Temblando descontroladamente, volví la vista hacia el frente. Me crucé de brazos y apreté las manos contra los costados de mi cuerpo, como si eso pudiera calmarlas.

Cassian me había advertido que habría un juicio por los eventos de aquella noche y me pregunté si no habría comenzado ya: había perdido a Will, Tamara estaba enferma, en estado de shock o tal vez algo peor, y mamá apenas me miraba. Mi vida era horrible; el recuerdo de los acontecimientos de esa noche me quemaba los párpados. Había mudado mi piel humana y me había manifestado delante de la familia de Will. Había realizado un vuelo desesperado a través del aire seco y crujiente para salvarlo. Pero si no

me hubiera manifestado —y volado hasta él—, Will habría muerto, y eso era algo que no podía soportar. No volvería a ver a Will nunca más, a pesar de que él había prometido encontrarme, pero al menos estaba vivo.

A mi lado, Cassian manejaba en silencio. Había dicho lo que hacía falta para lograr que mamá entrara con nosotros al auto, para hacerle entender que regresar con él al hogar del que habíamos huido era la única opción posible. Tenía los nudillos blancos por la fuerza con que sujetaba el volante. Dudé que fuera a aflojar las manos antes de que estuviéramos libres y bien lejos de Chaparral. Probablemente no lo haría hasta que nos encontráramos seguros otra vez en la comunidad. *Seguros*. Una carcajada se atragantó en mi garganta, o quizá fue un sollozo. ¿Alguna vez volvería a sentirme *segura*?

La ciudad pasó volando y las casas ralearon a medida que nos alejábamos. Pronto nos habríamos ido. Lejos de ese desierto y de los cazadores. Lejos de Will. Ese último pensamiento clavó su garra en la herida ya abierta en mi corazón, pero no había nada que pudiera hacer al respecto. ¿Habría existido algún futuro para nosotros? ¿Una draki y un cazador de drakis? *Un cazador de drakis con la sangre de mi casta corriendo por sus venas*.

Ese asunto todavía daba vueltas por mi mente, negándose a penetrar. No podía cerrar los ojos sin ver el destello de su sangre púrpura brillando en la noche. Como la mía. Tratar de aceptar esa terrible verdad me provocaba dolor de cabeza. Por más válida que fuera la explicación de Will, y aunque yo siguiera amándolo, eso no cambiaba el hecho de que por sus venas circulaba sangre robada a mi gente.

Cuando cruzamos los límites de la ciudad, Cassian exhaló profundamente. —Bueno, se acabó —murmuró mamá, a medida que se agrandaba la distancia entre nosotros y Chaparral.

Me di vuelta y la encontré observando por la ventanilla trasera. Dejaba en Chaparral todos sus deseos de un futuro mejor. Era el lugar donde estábamos comenzando de cero, lejos de la familia. Y ahora nos adentrábamos una vez más en la neblina.

—Lo siento, mamá —dije, no solo porque debía hacerlo, sino porque realmente lo sentía.

Mamá sacudió la cabeza y abrió la boca como si fuera a hablar, pero no dijo nada.

—Tenemos problemas —anunció Cassian. Adelante, varios automóviles bloqueaban el camino, obligándonos a disminuir la velocidad.

—Son ellos —logré pronunciar a través de mis labios adormecidos.

—¿Ellos? —preguntó mamá—. ¿Cazadores?

Asentí moviendo la cabeza con fuerza. Cazadores. *La familia de Will*.

Unos faros deslumbrantes surcaron la oscuridad e iluminaron el rostro de Cassian. Su mirada se desvió hacia el espejo retrovisor y supe que estaba considerando la idea de dar la vuelta y huir en dirección contraria. Pero era demasiado tarde: un vehículo se movió para impedir nuestra fuga y varias figuras se plantaron delante del auto. Cassian pisó el freno, apretó las manos en el volante y comprendí que estaba conteniendo el impulso de atropellarlos. Forcé la vista para ver a Will; sabía que estaba allí, entre ellos, en algún lugar. Podía sentirlo.

Voces duras y cortantes nos gritaron que saliéramos del auto. Me quedé quieta: los dedos quemaban mis piernas desnudas, como intentando llegar hasta la draki que yacía debajo.

Un puño golpeó el vidrio del auto y entonces lo vi: el perfil de un arma en la penumbra.

La mirada de Cassian se encontró con la mía y me comunicó lo que yo ya sabía: teníamos que sobrevivir. Aunque hubiera que hacer lo que solo nuestra especie era capaz de hacer. Exactamente aquello que yo había hecho y que nos había metido en ese lío. ¿Y por qué no? Ya no había más secretos.

Me deslicé fuera del auto para enfrentar a nuestros enemigos.

Xander, el primo de Will, se adelantó a los demás y acercó su rostro engreído hacia mí.

—¿Realmente creíste que lograrías escapar?

Un dolor insoportable invadió mi pecho: era furia por lo que esa noche me habían hecho padecer aquellos monstruos. En el fondo de mi garganta

comenzó a juntarse la ceniza, y dejé que el fuego se preparara para lo que pudiera ocurrir.

Un cazador pegó un puñetazo en la ventanilla trasera, mientras le gritaba a mamá y a Tamara:

—¡Salgan del auto!

Con la mayor dignidad posible, mamá obedeció y ayudó a Tamara a bajar también. Mi hermana estaba todavía más pálida que en Big Rock; su respiración sibilante rasgaba el aire. Cuando levantó la vista, sus ojos color ámbar, iguales a los míos, parecían estar recubiertos por una película transparente. Sus labios se entreabrieron, pero no escapó palabra alguna. Me acerqué y le ofrecí la mano para sostenerla. La piel de Tami estaba tan helada como el mármol.

Con toda su majestad de príncipe, Cassian enfrentó a Xander. Los mechones negros y púrpuras de su pelo emitieron destellos.

Me humedecí los labios mientras pensaba cómo podría convencer a Xander de que no me había visto manifestarme.

—¿Qué quieres?

El primo de Will me apuntó con el dedo.

—Vamos a comenzar contigo... quienquiera que seas.

—Aléjate de ella —ordenó Cassian.

La atención de Xander viró hacia él.

—Después seguiremos contigo, grandulón... y nos dirás cómo fue que te caíste con Will de ese acantilado y no tienes ni un rasguño.

—¿Dónde está Will? —disparé. Tenía que saber.

Xander movió un dedo señalando hacia uno de los autos cercanos.

—Desmayado —aclaró. Escudriñé la penumbra y noté una figura recostada en la parte trasera de un vehículo. *Will*. Tan cerca pero a la vez como si estuviera a kilómetros de distancia. La última vez que estuvimos juntos prometió encontrarme. Estaba herido pero consciente. Me estremecí al imaginar qué habría hecho su propia familia para cambiar eso.

—Necesita un médico —dije.

—Más tarde. Después de que arregle las cosas con ustedes dos.

—Mira —empezó Cassian, colocándose delante de mí—, no sé qué piensas...

—*Pienso* que tienes que cerrar la boca. ¡Yo soy el que va a hablar! —gritó Xander, y lo tomó del hombro. Grave error.

Cassian rugió y su piel lanzó haces de luz negros como el carbón. Tras unos movimientos vertiginosos, Xander estaba de espaldas contra el suelo. Su expresión de asombro era igual a la de los otros seis que nos rodeaban.

—¡Atrápenlo! —aulló Xander.

Los cazadores se arrojaron sobre Cassian. Lancé un grito cuando distinguí su rostro en medio de los atacantes. Los sonidos de golpes y puñetazos hicieron que me estremeciera. Dispuesta a ayudarlo, me encaminé hacia ellos, pero unas manos me contuvieron.

El bramido de un animal azotó el aire. Era Cassian. Varios cazadores lo tenían sujeto. Esbozando una sonrisa burlona, Angus le estrelló una bota en la espalda. Con la mejilla estampada contra el asfalto, la mirada de Cassian se posó en la mía. Sus ojos oscuros se agitaron y las pupilas se transformaron en delgadas líneas verticales.

Una ráfaga de aire caliente escapó entre mis labios, pero la reprimí y sacudí la cabeza para transmitirle que resistiera, creyendo que podríamos encontrar alguna otra manera de salir de aquello. Pensé que no era necesario que él también revelara que era un draki. Tal vez yo aún podía protegerlo para que él lograra marcharse de ahí con mamá y Tamara.

El frío cañón de una pistola se hundió en mis costillas y me quedé paralizada. Cuando mamá gritó, alcé una mano para evitar que hiciera alguna tontería por querer ayudarme.

—Mamá, quédate con Tamara. ¡Ella te necesita!

La mirada oscura de Xander me recorrió con desprecio.

—Yo sé lo que vi. Un maldito monstruo con alas.

Tuve que luchar para que el miedo no me tragara con su fuerza abrasadora, y fue una sorpresa que no me transformara en una draki en ese mismo instante.

—¡Jacinda! —me gritó Cassian en medio de la pelea, al tiempo que Xander continuaba hablando:

—No te preocupes: no te voy a matar. Es solo una pistola de tranquilizantes. Te mantendremos con vida para averiguar qué demonios eres.

Cassian luchaba por liberarse, pero cada vez lo golpeaban más.

—¡Deténganse! —exclamé y pasé rápidamente delante de Xander, pero Angus me detuvo. Angustiada, observé cómo continuaban pegándose—
¡Basta! ¡Deténganse, por favor!

El corazón me dio un vuelco. No quedaba otra salida: ellos o nosotros. El fuego estalló en mis pulmones contraídos y trepó hasta la tráquea.

No puedo permitir que nos atrapen, pensé.

Antes de que pudiera exhalar mi aliento calcinante, una repentina ráfaga de aire fresco se arremolinó cerca de mí. Un frío inusual. Me estremecí ante el rápido cambio de temperatura.

Al darme vuelta, la visión de Tamara me cerró la garganta. Estaba sola, de pie, y mamá la observaba unos metros más atrás con los ojos muy abiertos.

El rostro de mi hermana estaba completamente pálido y sus ojos ya no eran los mismos. Su mirada gris y helada congeló mi corazón. Una especie de vapor emanaba de ella, pero era frío. La neblina glacial aumentó y se fue expandiendo como una nube a nuestro alrededor.

El cuerpo de Tamara se arqueó y desgarró la blusa, que ella terminó de romper con un violento movimiento de sus manos. Unas manos que, de pronto, lanzaron destellos brillantes y nacarados.

Yo solo había visto semejante color en otro ser, otra draki: Nidia, la niebla de nuestra comunidad, que nublaba la mente de los humanos. Las raíces del pelo de Tamara se volvieron de una tonalidad blanca platinada que fue tiñendo el resto de su cabellera.

El vapor se intensificó; era una bruma refrescante que me trajo recuerdos de la niebla que cubría nuestra aldea con un manto frío, el cual nos protegía de los intrusos y de cualquiera que quisiera cazarnos y destruirnos, y oscurecía la mente de aquellos que traspasaban nuestro santuario.

—¡Tamara! —exclamé y le tendí la mano, pero Cassian ya estaba ahí, libre de sus atacantes, deteniéndome con su brazo fuerte.

—Déjala —dijo.

Eché un vistazo al rostro de Cassian y reconocí una satisfacción intensa y primitiva en el brillo de sus ojos. Se veía... *feliz* ante lo que estaba sucediendo. Lo que *no podía* estar sucediendo. Tamara nunca antes se había manifestado. ¿Cómo podía ocurrir en ese momento?

Al posar los ojos en Tamara nuevamente, vi que ella se había elevado un par de metros del suelo. Las alas tenues se sacudían en su espalda y las puntas irregulares asomaban por encima de sus hombros plateados.

—Tamara —susurré a medida que absorbía su presencia e intentaba asimilar esa nueva realidad. Después de tanto tiempo, mi hermana era una draki. Cuando ya había aceptado que nunca tendríamos eso en común. Y, además, era la niebla de la comunidad.

Su mirada tranquila e inquietante nos envolvió a todos los que estábamos en la carretera, como si supiera exactamente qué debía hacer. Y supongo que lo sabía. Era el instinto.

Me quedé inmóvil, observándola, tan hermosa y aterradora a la vez, con la piel reluciente y el pelo metalizado. Levantó sus brazos delgados y la bruma se desparramó sobre nosotros con intensa rapidez. Era tan densa que apenas alcanzaba a distinguir mi propia mano delante de mi cara. A pesar de que los cazadores estaban ocultos, los escuché gritar y tropezar unos con otros mientras estornudaban y se desplomaban en el suelo como piezas de dominó. Uno tras otro. Y luego nada.

En el repentino silencio sepulcral, agucé el oído en busca de algún sonido familiar. Tamara proseguía con su tarea nublando todo lo que encontraba a su paso, a cada uno de los humanos que se hallaban cerca. Y entonces me acordé de *Will*.

Me desprendí de Cassian y luché con desesperación para abrirme paso a través del vapor refrescante que opacaba tanto el aire como la mente. Los cazadores se hallaban tendidos a mis pies, anulados por obra

de Tamara. Entorné los ojos y agité los brazos violentamente entre el roce fresco de la niebla, tanteando y buscando el vehículo donde yacía Will.

Unos instantes después lo divisé tumbado en el asiento trasero del automóvil. La puerta del conductor estaba completamente abierta. La bruma se enroscaba alrededor de su figura dormida casi con ternura. Por un momento, no logré moverme. Me quedé mirando, ahogada en mi propia respiración. Aun herido y abatido, era tan hermoso...

Luego, la acción impulsó mi cuerpo. Abrí la puerta trasera y estiré la mano. Mis dedos temblorosos recorrieron su rostro y apartaron de su frente los mechones dorados y sedosos.

Me aparté bruscamente al escuchar el rugido de Cassian.

—¡Jacinda! ¡Tenemos que marcharnos! ¡Ahora!

Enseguida me encontró y me arrastró hacia el auto. Con la otra mano llevaba a Tamara. El cuerpo reluciente de mi hermana iluminó el desierto nocturno y abrió un sendero a través de la espesa neblina que ondeaba con el viento.

Pronto habría de disiparse, de evaporarse... cuando Tamara se hubiera ido y nosotros hubiéramos escapado. *La bruma se evaporará. Y con ella, la memoria de los cazadores.*

Alguna vez yo le había sugerido a Tamara que su talento no se había manifestado todavía. Que ella era simplemente una draki de madurez lenta. Lo había dicho aunque no creía que fuera así, solo para darle esperanza. Porque en el fondo, al igual que el resto de la comunidad, pensaba que era una draki extinta. Pero ahora ella es uno de los ejemplares más raros y valiosos de nuestro clan. Igual que yo.

Detrás del volante, Cassian encendió el motor y enseguida salimos disparados por la autopista. Me di vuelta y miré la gran nube blanca por la ventanilla trasera. Will estaba allí adentro. Hundí los dedos en el asiento hasta que sentí que la tela gastada cedía y se rasgaba. *No, no puedo pensar en él ahora. Es demasiado doloroso.*

Mi mirada se deslizó hacia la versión pálida de Tamara. Alarmada, tuve que desviar la vista de inmediato. Mi propia hermana gemela era ahora tan extraña para mí como ese desierto.

Respiré hondo y mi cuerpo se estremeció. Nos dirigíamos a casa, a las montañas, a la bruma y a todo lo que me resultaba familiar. Al único lugar seguro para mí. Estaba regresando a la comunidad.